

COLECCIÓN | NÚMERO 14

SANJUANISTA



Tres temas sanjuanistas

GUSTAVO PASCUAL, IVE

Tres temas sanjuanistas

Gustavo Pascual, IVE

Tres temas sanjuanistas



La Marsa

2020

2ª edición digital:

Octubre 2020

Monastère «Bx. Charles de Foucauld»

Villa Lavigerie – B.P. 6 – 2070

LA MARSA – TUNIS

moinesive@ive.org

1

TESTIGOS DE LO TRASCENDENTE

Así he querido titular este pensamiento de san Juan de la Cruz. Su desarrollo está basado en el capítulo 2 de la Carta apostólica de san Juan Pablo II sobre san Juan de la Cruz: *Maestro en la fe*. El Papa titula este capítulo «Testigo del Dios vivo».

Antes de comenzar a desarrollar el tema quiero hacer una introducción sobre la necesidad actual de testigos de lo trascendente.

* * *

«Estamos en un momento crítico del crecimiento de la humanidad en el que ésta, al hacerse consciente de los nuevos poderes que la ciencia pone en sus manos, sucumbe ante la eterna tentación de considerarse como Dios y querer llevar por sí misma las riendas de su destino. A medida que se va dando a sí misma mayor importancia, pierde el sentido de la realidad soberana de Dios quien no es ya para ella más que una idea vacía de todo contenido y que le parece desde ese momento como un peso muerto que no tiene más remedio que eliminar. Por eso en nuestra época hay que recordar a esta humanidad la nada de

los ídolos que surgen de nuevo de la sombra y la soberana majestad del Dios vivo.

Se da idolatría dondequiera que el hombre espera la salvación fuera del poder creador de Dios [...].

Idolátrica es la sabiduría de la India, según la cual todas las religiones dogmáticas son inútiles, porque no es la fe lo que salva sino el esfuerzo de la ascesis mediante el cual el hombre capta sus energías interiores y se libera de las servidumbres del mundo exterior.

Idólatras son los filósofos, herederos de la religión griega de la razón, para quienes el pecado no es otra cosa que ignorancia y para quienes, por consiguiente, el saber es salvación. Desde el momento en que pretenden hacer de la razón la medida de todas las cosas, identifican su inteligencia con la inteligencia del todo, y, desde Spinoza a Hegel, pretenden poseer el absoluto [...].

Todos estos diversos sistemas tienen un prejuicio común: que el hombre no es verdaderamente hombre si no constituye por sí mismo el valor supremo. La religión del hombre es la gran idolatría de nuestro tiempo [...].

Indudablemente aquí está el centro del drama. Si los ídolos han ascendido hasta ese punto en el horizonte de la existencia humana ello se debe a que nuestro tiempo ha perdido el sentido de Dios y de su trascendencia [...].

En nuestros días esta religión del humanismo ha alcanzado su punto crítico; la civilización capitalista-comunista, que es su expresión, se está destruyendo a sí misma. Y este proceso no es solamente un proceso de evolución biológica. Es el juicio de Dios que se cumple en la historia y por el que las obras del orgullo humano acaban por autodestruirse. Esta es la razón de que, para los

cristianos, no sea la hora de predicar humanismos equívocos, que son otras tantas complicidades con la idolatría de este tiempo. Es la hora de recordar que sólo Dios es Dios, y que todo lo que se construye al margen de Dios está abocado a la destrucción y será consumido en el fuego del juicio»¹.

«Uno de los pilares que legó la Europa cristiana a la civilización occidental es el concepto de un Dios trascendente, el cual hay que conservar incólume contra los ataques de los que quieren descristianizar el mundo, es decir, los que promueven la revolución anticristiana»².

Ante el mundo de hoy que necesita espiritualidad y de hecho busca espiritualidad, es necesario dar una respuesta de espiritualidad trascendente para poder sacarlo del inmanenismo, del humanismo, del narcisismo, del egoísmo. El Papa san Juan Pablo II dio una respuesta clave al ansia de espiritualidad del mundo actual a través de la *Tertio millennio inenunte*.

Hay «otros» que quieren también saciar el ansia de espiritualidad del mundo moderno... pero dejándolo en la inmanencia y son todas las respuestas de las espiritualidades gnósticas (orientalistas y *new age*). También la corriente que sostiene la época de Acuario, época del espiritualismo³ semejante a la doctrina de Joaquín de Fiore.

¹ DANIELLOU, *El dedo en la llaga*, Mensajero, Bilbao 1970, 13 ss.

² Cf. MEINVIELLE, J., *El Comunismo en la Revolución anticristiana*, Cruz y Fierro editores, Buenos Aires 1982⁴, 102.

³ Cf. BOSCA, *New Age*, Atlántida, Buenos Aires 1993.

El progresismo desprecia la vida contemplativa creyéndola inútil porque no se ocupa de la acción. En realidad, al negarla y menospreciarla se desentiende de la contemplación de la verdad y en consecuencia de la posibilidad de trascender, sin embargo, el fin del hombre es contemplar eternamente a Dios, la infinita Verdad. Pero, también, menosprecia la vida activa disminuyendo o negando la importancia de la misión.

Las religiones orientales niegan la trascendencia. Se quedan en una espiritualidad en la que el hombre por sus solas fuerzas puede salvarse evolucionando a estados superiores de unión con la divinidad.

La «relación trascendental (que Dios es nuestra única felicidad posible) es primaria y existencial, no tiene destrucción posible, Dios mismo no la puede destruir. Mi propio ser no puede ser mi propia felicidad, lo experimentamos incluso aquí abajo; más bien es nuestra infelicidad. *Quedarse solo* [...] El infierno es la terrible sociedad de los que se han quedado solos interiormente, sin Dios, por su voluntad, con su propio y miserable “ipsum” hecho un abismo. No han querido a Dios”⁴.

* * *

⁴ CASTELLANI, LEONARDO, *Las Parábolas de Cristo*, Itinerarium, Buenos Aires², 163.

Voy a tomar alguna frase de la Carta de Juan Pablo II sobre san Juan de la Cruz y la voy a aplicar a nuestra vida monástica.

El Papa llama a san Juan de la Cruz testigo de Dios porque «hablaba de las cosas de Dios y de los misterios de nuestra fe, como si los viera con los ojos corporales». Esa es la condición del testigo. Dar testimonio de lo que ve. Y él ¿cómo era testigo de Dios si no lo había visto? «Gracias al don de la fe, los contenidos del misterio llegan a formar para el creyente un mundo vivo y real. El testigo anuncia lo que ha visto y oído, lo que ha contemplado, a semejanza de los profetas y de los apóstoles (cf. 1Jn 1, 1-2)».

Y ese conocimiento tan real y profundo de Dios lo poseía gracias a la fe. «La fe, unida a la caridad y a la esperanza, produce ese conocimiento íntimo y sabroso que llamamos experiencia o sentido de Dios, vida de fe, contemplación cristiana. Es algo que va más allá de la reflexión teológica o filosófica. Y la reciben de Dios, mediante el Espíritu, muchas almas sencillas y entregadas».

Y ¿cuáles eran las fuentes donde san Juan de la Cruz abrevaba su fe? Principalmente la Escritura, en particular, los Evangelios, la vida de Jesús; pero, también en la creación: muchas veces salía al campo a orar, otras desde su celda contemplaba por la noche el cielo estrellado; y, finalmente, en los hechos de la historia.

«¿Cómo consigue el místico español extraer de la fe cristiana toda esa riqueza de contenidos y de vida? Sencillamente dejando que la fe evangélica despliegue todas sus capacidades de conversión, amor, confianza, entrega». Dice

san Agustín: «la contemplación es recompensa de la fe y es ella la encargada de limpiar los corazones».

Teniendo esta enseñanza de san Juan de la Cruz, cómo responder al pedido de nuestro *Directorio* de ser «testigos de lo trascendente».

Ser testigos de lo trascendente es ser testigos del Trascendente y de lo sobrenatural.

Dice el *Directorio* de la Rama monástica que los monjes fueron y siguen siendo testigos de lo trascendente. Hoy más que nunca. ¿Por qué? Porque el momento histórico presente está fuertemente marcado por el inmanentismo.

La respuesta al momento histórico presente es la siguiente: vivir de tal manera que se proclame que existe un Dios trascendente al mundo y que nos invita a vivir una vida sobrenatural.

Pero para ser testigo *hay que ver el hecho*, hay que ver al Dios trascendente, lo cual se hace por la fe como nos enseña san Juan de la Cruz; y para ser testigo vital de ese hecho, hay que vivir de las cosas de arriba, es decir sobrenaturalmente (cf. Col 3, 2).

«Los cristianos de la trascendencia han de ser necesariamente, sin pretensión alguna artificial, *testigos*. Testigos del Amor, definición de Dios. Testigos de su Providencia indescifrable. Testigos de su majestad y de su gloria. Testigos de su Resurrección como lo fueron los Doce. Testigos hasta el don de su propia sangre, por el sacrificio último del martirio. Estos cristianos han *visto* algo del

mundo sobrenatural y por ello son, con el Verbo, capaces de “narrarlo” [...].

Cristo no conquista el mundo: está presente al mundo. Lo mismo lo han de hacer los verdaderos discípulos de Cristo. Presencia delicada, intangible, diáfana, como la del reino *¡intra vos est!* ¡Y ellos ni siquiera se habían dado cuenta de ello! Pero la fe nos lo asegura. Presencia modesta, paciente. La semilla requiere tiempo, y tiene en primer lugar que morir. Presencia invisible y activa, como la del Espíritu en la Iglesia...

El *testigo* de la trascendencia deja en segundo plano la organización, la administración, todo lo que es sinónimo de: cuadro rígido, medida fija, orden inmutable, decisiones apremiantes. El verdadero *instrumento* de Dios no puede de hecho aceptar otras limitaciones que las que les imponga la pura voluntad del Señor.

Se comprende así la primacía que concede a los medios llamados *interiores* o *espirituales* en el apostolado y en la vida cristiana en general. La irradiación de vida divina se hace por la oración, por la mortificación, por el silencio y la adoración sostenida, o mejor aún, se hace —gracias a todas estas obras de la fe— por la misma persona, rica de brotes interiores de fe teologal, captada toda ella por las perspectivas indecibles de la esperanza cristiana impregnada con la caridad de Dios que la rodea, la anima y la transfigura. La acción es la irradiación de un alma inundada de vida divina. Dios, es por naturaleza, poder de irradiación: *dynamis*. Cuanto más participe un alma de esta vida trascendente, más la hace irradiar, necesariamente, ineludiblemente...

El mismo Dios es norma de toda acción cristiana. El fiel no tiene más que una cosa que hacer, una dirección que seguir: Dios y su voluntad, esforzándose por ser *fiel* a ella, absolutamente, totalmente...

De esta forma la *trascendencia* asegura a la vida una verdadera *modernidad*. Para poder ser de todas las épocas es menester ser trascendentes a todas las edades; para poder estar presente a todas las civilizaciones, es preciso no estar ligado a ninguna de ellas. La trascendencia es condición y medida de toda modernidad. Sólo quien es trascendente puede ser también *contemporáneo*. *Una criatura que está siempre bajo la acción del Espíritu Santo es siempre una nueva criatura*⁵.

– Primero: conocer al Dios trascendente.

Para conocer al Dios trascendente tenemos la teología y para una buena teología es necesaria una buena filosofía.

Tenemos que fundamentar la fe sabiendo dar razones de ella.

Las cinco vías nos llevan al conocimiento de Dios. Nos llevan también al conocimiento de la esencia metafísica de Dios de donde se derivan todos los atributos de Dios que hablan de su trascendencia, es decir, su esencia física. Y esto es muy importante por si tambalea nuestra fe. Algunos que no creían o perdieron la fe, por este camino nuevamente han encontrado el camino al Dios trascendente.

⁵ THILS, G., *¿Apóstoles o testigos?, ¿trascendencia o encarnación?*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1953, 58 ss.

Por otra parte, para que haya una buena teología, además, de una buena base filosófica es necesaria la contemplación porque si no la dogmática se vuelve seca y la teología resultante formalista, racionalizante y hasta chabacana, dice el padre Castellani. Es decir, para ser testigos de lo trascendente es necesaria la contemplación, como nos enseña san Juan de la Cruz.

Debemos conocer a Dios, *verlo* lo mejor que se pueda en esta vida para testimoniarlo. A mejor conocimiento sapiencial de Dios, mejores testigos.

Cada época tiene un santo, previsto por Dios, para contrarrestar las desviaciones de esa época. Para mí hoy los santos que necesita el mundo moderno son santos de la trascendencia.

– Imitación de Cristo

Cristo es el mejor testigo de la trascendencia. Dice el Papa Juan Pablo II que Cristo es el rostro humano de Dios. Cristo une en su Persona lo humano y lo divino sin mezcla y sin confusión. Cristo nos da a conocer con su doctrina y con su vida quién es Dios. Lo ha visto y da testimonio de Él. Por eso es Jesús el mejor modelo para dar a conocer a Dios.

– La Iglesia es testigo de lo trascendente

Porque es sacramento vivo para llegar a Dios. Porque nos enseña lo que debemos saber de Dios. Si queremos ser testigos verdaderos de lo trascendente debemos seguir fielmente sus enseñanzas.

– Nuestro testimonio como monjes del Instituto del Verbo Encarnado⁶.

* Responder a los hombres de nuestro tiempo con una espiritualidad trascendente.

* Dar prioridad a la contemplación sobre la acción, como lo ha enseñado san Juan de la Cruz. Como ángeles del cielo. Viviendo la castidad perfecta para ver mejor a Dios. «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios».

* Viviendo la liturgia, camino esencial, para llegar a lo trascendente.

* Sin complicaciones mundanas, es decir, teniendo una actitud orante.

* Testigos que viven el principio y fundamento y rechazan el pecado, que viven la indiferencia ignaciana como acto de confianza en la divina Providencia.

* Viviendo las virtudes teologales, especialmente la fe: «el justo vive de la fe»; la caridad: en esto conocerán que sois discípulos del Dios trascendente que es el Amor Subsistente.

* Siendo el principio y fundamento del Instituto.

Principio. Lo primero, porque «toda la vida de los religiosos debe ordenarse a la contemplación»⁷.

⁶ Este punto está tomado de nuestro *Directorio* y de las «Cosas a tener en cuenta» del padre Buela, que son consejos de nuestro fundador a los monjes con ocasión de la reunión de la Rama contemplativa en Roma el año 2002.

⁷ *Directorio de vida contemplativa*, 3.

Fundamento. «La rama contemplativa con su vida quiere fundar en el *unum necessarium* (Lc 10, 42) toda la obra del Instituto»⁸.

Además porque tiene que haber un punto de referencia cierto en cuanto a la fe y a la conservación del espíritu del Instituto.

Los monjes estamos llamados a ser testigos del Dios trascendente.

Nosotros los monjes tenemos una tarea primordial. Es importante tomar conciencia y formarse. ¿Cómo? Estudiando la dogmática y la moral, en una palabra, la fe de la Iglesia. Teniendo una excelente *comprensión* de la fe para saber dar razón de ella. Alguno para refutar errores, escribiendo. Todos viviendo... viviendo la fe. No dejando entrar nada mundano al monasterio. Que no haya contaminación. Vivir a pleno la trascendencia en actitud orante, como dice nuestro fundador.

Si así lo hacemos conservaremos intacta la fe y seremos como depósito inviolable y rígido de ella. Porque es más difícil, aunque posible, contaminarse de las cosas del mundo en la vida contemplativa que en la vida apostólica.

Es necesario que tomemos conciencia de esta misión y para ello es necesario que nos convirtamos. Mirar hacia el futuro. Habrá tiempos en que no se distinga la verdadera fe, tiempos de confusión. Tenemos la Iglesia, es cierto, pero será necesario guías expertos o testimonios vivientes de esa

⁸ *Ibíd.*, 6.

fe, puntos de referencia para salir del caos, para no contaminarse.

Un ejemplo que debemos seguir los monjes del Verbo Encarnado es san Juan de la Cruz. Cercano a nosotros por ser contemplativo y cercano a nosotros por ser «testigo del Dios vivo».

¿CÓMO NOS EXTASIAMOS?

Me pareció compartir con ustedes una genialidad de san Juan de la Cruz.

Le preguntan al santo ¿cómo se arroba o como se extasía uno?¹

La pregunta que le hacen al santo es bastante particular, podríamos decir, atrevida. Acusa ignorancia respecto a la causa del arrobamiento. Probablemente proceda de una religiosa carmelita de Beas, como parece decir la nota al comienzo del escrito *Puntos de amor*.

Desconozco el tono en que respondería el santo, conocemos su gravedad, pero, la respuesta que da parece encerrar, a mi modo de ver, algo de sana ironía o de humor profundo. La respuesta encierra, además, una gran verdad aunque no se refiera directamente al éxtasis como «gracia grauitamente dada», pero sí a su esencia.

Dice el santo: «negando la voluntad y haciendo la de Dios». De esta manera uno sale de sí y va a Dios, que eso etimológicamente significa *éxtasis*, estar fuera de sí. En este caso estar fuera de sí no por furor sino por posición. La voluntad propia en la de Dios.

¹ «Puntos de amor» (Edición de Gerona, 1650), 158 [80]; en *Vida y Obra de san Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1960⁴, 1137.

El arrobado, el extático, está sumido en Dios y como fuera de sí. Su alma está tan unida a Dios que es como si no animara, aunque anima, sino se produciría la muerte, pero está tan desconectada del cuerpo donde anima, que no reacciona a las impresiones del cuerpo.

«Éxtasis» –dice el santo– «no es otra cosa que un salir el alma de sí y arrebatarse en Dios». Y concluye alucinantemente, podríamos decir. Está arrobado y estático, en la práctica, el que obedece porque obedecer «es salir de sí y de su propio querer y aligerado se anegaba en Dios».

No hay datos de quién pregunto y por qué preguntó. Se nota en la pregunta, sin embargo, un dejo de deseo de vivir arrobado o en éxtasis, al menos, de experimentarlo. En la respuesta del santo podríamos encontrar un consejo claro de no buscar lo extraordinario de la santidad, sino lo ordinario y común, que es obedecer. Este es el camino y es el camino que ha seguido Jesús que «se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 8). «Porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 6, 38).

Aprendamos esta lección del santo y ejercitémonos en hacer estos actos de renuncia a nuestra voluntad para ponerla en la voluntad de Dios, manifestada, aquí y ahora, en la voluntad de nuestro superior.

El éxtasis da el mayor grado de felicidad que un hombre puede tener que es el júbilo.

Quiero copiar textualmente lo que dice el santo: «Preguntado una vez el venerable padre fray Juan de la Cruz cómo se arrobaba uno, respondió que negando su voluntad y

haciendo la de Dios; porque éxtasis no es otra cosa que un salir el alma de sí y arrebatarse en Dios; y esto hacía el que obedecía; que es salir de sí y de su propio querer y aligerado se anegaba en Dios».

* * *

Voy a agregar algún pensamiento... el éxtasis transeúnte es una gracia «*gratis datæ*», gratuitamente dada. El éxtasis como hábito o como acto, mejor aún, es vivir fuera de sí, en Dios y esto requiere una larga purificación del alma, de las criaturas y sobre todo de sí mismo. A este éxtasis, que no es la gracia gratuitamente dada sino el salir de sí mismo para vivir en Dios, hay que tender porque es lo más sublime de la vida espiritual. También es don pero a él nos disponemos siguiendo el camino de las nadas que nos ha señalado san Juan de la Cruz.

* * *

Decíamos más arriba que el júbilo es el máximo grado de felicidad que puede alcanzar un hombre en esta tierra y que es efecto del éxtasis, es decir, del salir fuera de sí para vivir en otro, principalmente, para vivir en Dios pero también para vivir en Dios a través del servicio al prójimo. San Juan de la Cruz habla del éxtasis que implica la obediencia al superior pero su máxima expresión se da en la obediencia

exacta de la voluntad de Dios. La doctrina de san Juan de Cruz es una purificación de todas las potencias del alma para poder cumplir libremente la voluntad de Dios. Porque en definitiva son nuestros afectos desordenados los que nos impiden la fidelidad al querer de Dios. Y los afectos desordenados son efectos, en definitiva, de nuestro egoísmo. San Juan de la Cruz quiere con su enseñanza llevarnos a salir fuera de nosotros mismos para vivir sólo en Dios.

* * *

Quiero hacer brevemente algunas precisiones acerca del término *éxtasis* y otros relacionados con él porque esto nos iluminara en gran manera para comprender las palabras de san Juan de la Cruz.

Éxtasis es un término que procede del latín *ex(s)tasis* y del griego ἔκστασις que según el lenguaje común significa un estado del alma enteramente embargada por un sentimiento de admiración, alegría, etc., o también un estado del alma caracterizado por cierta unión mística con Dios mediante la contemplación y el amor, y por la suspensión del ejercicio de los sentidos².

«Todo éxtasis es afectividad sublimada» (Aristóteles)³.

² Cf. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua española*, Espasa, España 2001²².

³ Cf. CASTELLANI, L., *Psicología humana*, Jauja, Mendoza 1997, 319.

Teológicamente es cierta elevación de la mente a cosas muy altas⁴.

El éxtasis es efecto del amor⁵. Es simplemente el acto de posesión del último fin o bien supremo, aunque sea por el momento en esperanza, aunque no en esperanza sola sino un poco también en posesión. Esta posesión del Bien supremo produce como el anonadamiento del propio ser y lo hace salir fuera o al menos olvidarse de sí mismo, de su propia forma limitante⁶.

El elemento unificador de la vida afectiva es un conocimiento apoyado en el amor verdadero. El amor verdadero es el que asciende del instinto a la pasión, de la pasión al sentimiento, del sentimiento a la intuición amorosa y de la intuición amorosa al raptó extático, en el cual un ser mortal no ama más a otro ser mortal sino que es absorbido por encima de la mortalidad por una presencia continua del Amado, visto continuamente con los ojos del corazón en una *luz de la mente llena de ternura*. Entonces el hombre es feliz porque ve visiones. Tiene lo que Klages llama *el júbilo de la visión creadora*⁷.

En el éxtasis se da el júbilo que es la posesión actual del bien sumo⁸. ¿Y qué es el júbilo? Es una viva alegría⁹, es la

⁴ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, II-II, 174, 1 ad 3.

⁵ Cf. *S. Th.*, I-II, 28, 3 c.

⁶ Cf. CASTELLANI, L., *San Agustín y nosotros*, Jauja, Mendoza 2000, 236; CASTELLANI, L., *Psicología humana*, 274-275.

⁷ CASTELLANI, L., *Psicología humana*, 151.

⁸ Cf. CASTELLANI, L., *Psicología humana*, 274.

⁹ REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua española*.

voz del alma engolfada en la alegría¹⁰, es como el canto del corazón¹¹ y no lo expresa la voz, ni las sílabas, ni las letras, ni las palabras porque brota del interior del hombre¹². Es una delectación por ciertos indicios o efecto de la alegría¹³. Es la plenitud de la felicidad del hombre.

El *júbilo* es la cúpula del edificio del alma religiosa. El contento es como el cimiento y las alegrías y los gozos son las paredes. Las piedras del edificio son actos de amor y el arquitecto es el entendimiento que va subiendo de grado en grado por la contemplación¹⁴.

Hemos hablado de la cúpula. Hablaremos de las otras partes del edificio:

El *contento* es estar en el camino del Ideal, del Bien supremo al que aspiramos. Significa estar contenido. Contenido en cuanto a los deseos en el límite de las posibilidades. Es la base imprescindible de toda felicidad. No tiene grados. Se está contento o no, depende de la aceptación o no de la propia vocación. Para el hombre religioso la principal vocación es la de ser hijo de Dios y la aceptación de esta vocación hace feliz al hombre, su rechazo lo conduce a la infelicidad. El hombre infeliz es al que le falta contento. No ha aceptado su propia vocación y esto provoca la desesperación

¹⁰ Cf. SAN AGUSTÍN, *Enarraciones de los Salmos* (3º), Salmo 99, n. 4; en *Obras completas de san Agustín*, t. XXI, BAC, Madrid 1966, 588.

¹¹ Cf. SAN AGUSTÍN, *Enarraciones de los Salmos* (1º), Salmo 32, n. 8; en *Obras completas de san Agustín*, t. XIX, BAC, Madrid 1964, 436.

¹² Cf. SAN JERÓNIMO, *Breviarium in Psalmos*, Ps. 32 [PL 26, 970]. Cit. en *Enciclopedia católica*.

¹³ Cf. *S. Th.*, I-II, 31, 3 ad 3.

¹⁴ Cf. CASTELLANI, L., *San Agustín y nosotros*, 236.

y el hastío, hijas de la acidia. No hay contento sin resignación. Pero cuando se acepta de buen grado la misión que le cabe al hombre en el plan de Dios la resignación se vuelve satisfacción. Y cuando hay satisfacción, fruto del amor, se está caminando hacia el Ideal. Por eso, el gozo y las alegrías son las paredes del edificio espiritual. Unen el contento y el júbilo. Son pequeños júbilos o recuerdos de júbilos pasados o esperanza de júbilos futuros¹⁵.

Gozo, según el lenguaje corriente, es un sentimiento de complacencia en la posesión, recuerdo o esperanza de bienes o cosas apetecibles. Es una alegría de ánimo¹⁶. «Es una especie de delectación que sigue al acto de la razón»¹⁷ «y que la llamamos de distintas maneras: *alegría* por la dilatación del corazón, cual si se dijese “amplitud”; *regocijo*, por las señales externas de la delectación interior, que se manifiesta exteriormente por cuanto el gozo interior salta al exterior; y, finalmente, *júbilo*»¹⁸.

* * *

El día del júbilo de Jesús en la tierra comienza en la Encarnación y termina el día de la Ascensión, después de su Pascua gloriosa, pero sus efectos se extienden hasta el fin del mundo. Desde la Ascensión todos nosotros estamos llama-

¹⁵ Cf. CASTELLANI, L., *Psicología humana*, 274.

¹⁶ Cf. REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua española*.

¹⁷ *S. Th.*, I-II, 31, 3, 3 c.

¹⁸ *S. Th.*, I-II, 31, 3 ad 3.

dos a ser hombres nuevos, hombres jubilosos que vivan únicamente para Dios como Jesús.

Jesús «que es a la vez pastor, sumo sacerdote, camino y puerta, ya que por nosotros quiso serlo todo, así también se nos ha revelado como nuestra fiesta y solemnidad, puesto que su persona era la pascua esperada. Desde esta perspectiva, cobran un nuevo sentido aquellas palabras del Salmista: Tú eres mi júbilo: me libras de los males que me rodean. En esto consiste el verdadero júbilo pascual, la genuina celebración de la gran solemnidad, en vernos libres de nuestros males [...].

Así también los santos mientras vivían en este mundo, estaban siempre alegres, como si siempre estuvieran celebrando la Pascua [...]. Ellos, por el mérito de sus obras, alcanzaron la libertad, y ahora celebran en el cielo la fiesta eterna»¹⁹.

El hombre nuevo es el hombre interior fortalecido por la acción del Espíritu (cf. Ef 3, 16) y muerto al hombre viejo (cf. Rom 6, 6; Col 3, 9). El hombre nuevo se identifica con el hombre espiritual, el que lo juzga todo y nadie puede juzgarlo a él (cf. 1Cor 2, 15). Es el que canta el cántico nuevo. «Dad gracias a Yahveh con la cítara, salmodiad para él el arpa de diez cuerdas; cantadle un cantar nuevo». Despojaos de lo antiguo, ya que se os invita al cántico nuevo. Nuevo hombre, nuevo Testamento, nuevo cántico. El nuevo cántico no responde al hombre antiguo. Sólo pueden aprenderlo los hombres nuevos, renovados de su antigua condición por

¹⁹ Cf. SAN ATANASIO, *Carta 14*, 1-2. Cit. en *Liturgia de las horas*, t. II, Domingo V de Cuaresma, 2ª lectura.

obra de la gracia y pertenecientes ya al Nuevo Testamento, que es el reino de los cielos. Por él suspira todo nuestro amor y canta el cántico nuevo. Pero es nuestra vida, más que nuestra voz, la que debe cantar el cántico nuevo.

«Canta con júbilo». Este es el canto que agrada a Dios, el que se hace con júbilo. ¿Qué quiere decir cantar con júbilo? Darse cuenta de que no podemos expresar con palabras lo que siente el corazón.

El júbilo es un sonido que indica la incapacidad de expresar lo que siente el corazón. Y este modo de cantar es el más adecuado cuando se trata del Dios inefable. Porque, si es inefable, no puede ser traducido en palabras. Y si no puedes traducirlo en palabras y, por otra parte, no te es lícito callar, lo único que puedes hacer es cantar con júbilo. De este modo, el corazón se alegra sin palabras y la inmensidad del gozo no se ve limitada por unos vocablos. Cantadle con maestría y con júbilo²⁰.

El hombre nuevo está llamado a unirse a Dios en unión permanente y esta unión permanente con Dios es la cumbre de la vida mística, es una unión intelectual con Dios, que no es un simple recuerdo o imagen, sino una presencia permanente y como substancial en el alma, que produce efectos estupendos, en las palabras y en las obras, entre estos efectos el júbilo²¹.

²⁰ Cf. SAN AGUSTÍN, *Comentario sobre el salmo 32*, Sermón 1, 78 [CCL 38, 253-254]. Cit. en *Liturgia de las horas*, t. IV, Memoria de santa Cecilia (22 de noviembre), 2ª lectura.

²¹ Cf. CASTELLANI, L., *Psicología humana*, 215.

Dice san Juan de la Cruz hablando de este hombre nuevo en su estado cumbre:

«En este estado de vida tan perfecto siempre el alma anda interior y exteriormente como de fiesta, y trae con frecuencia en el paladar de su espíritu un júbilo de Dios grande, como un cantar nuevo, siempre nuevo, envuelto en alegría ya en amor en conocimiento de su feliz estado. A veces anda con gozo y fruición [...]. Los merecimientos del alma que está en este estado, son ordinariamente grandes en número y calidad, y también anda comúnmente cantando a Dios en su espíritu todo lo que dice David en el Salmo que comienza “para que te cante mi gloria y ya no sea compungido; Señor Dios mío, y siempre te alabaré” (Sal 39, 12). Y no es de maravillar que el alma con tanta frecuencia ande en estos gozos, júbilo y fruición y alabanzas a Dios»²².

²² *Llama de amor viva*, canción II, 36; en SAN JUAN DE LA CRUZ, *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 1943³, 684.

CALLAR Y OBRAR

Esta máxima es de san Juan de la Cruz en una carta a las carmelitas descalzas de Beas (Jaén), escrita desde Granada y fechada el 22 de noviembre de 1587. Voy a citar un párrafo de la carta que contiene la máxima que nos concierne:

«El no haber escrito no ha sido falta de voluntad, porque de veras deseo su gran bien, sino parecerme que harto está ya escrito para obrar lo que importa; y que lo que falta, si algo falta, no es el escribir o el hablar, que esto antes ordinariamente sobra, sino el **callar y obrar**. Porque además de esto, el hablar distrae, y el callar y obrar recoge y da fuerza al espíritu. Y así, luego que la persona sabe lo que le han dicho para su aprovechamiento, ya no ha menester oír ni hablar más, sino obrarlo de veras con silencio y cuidado, en humildad y caridad y desprecio de sí; y no andar luego a buscar nuevas cosas, que no sirve sino de satisfacer el apetito de lo de fuera, y aún sin poderle satisfacer, y dejar el espíritu flaco y vacío sin virtud interior».

Dice san Juan de la Cruz que el hablar distrae y el callar y obrar recoge y da fuerza al espíritu.

Por otra parte dice que aquel que conoce lo que es bueno para su aprovechamiento ya no tiene porque oír o

hablar más sino obrar en silencio lo que sabe. Que el buscar novedades enflaquece y vacía el espíritu.

«Callar y obrar». Dios todo lo ha hablado en Jesús, el Verbo Encarnado, y en consecuencia, las otras cosas que queremos saber son superfluas. «Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo» (Heb 1, 1-2).

Las cosas que se nos han enseñado sobre el espíritu ya son suficientes. Las gracias y luces que hemos recibido en los Ejercicios Espirituales son suficientes para santificarnos. Por eso ahora hay que callar para saber más cosas y obrar lo que se nos ha enseñado.

«Temo al hombre de un solo libro», decía alguien. San Francisco de Asís tenía un solo libro para su vida: el Evangelio. Y lo obró, se hizo «evangelio viviente».

«Callar y obrar». San Ignacio de Loyola dice algo semejante en la *Contemplación para alcanzar amor*¹: «El amor se debe poner más en las obras que en las palabras».

La realidad de dejar de obrar las cosas aprendidas la sabremos por experiencia. ¡Cuántas cosas le hemos prometido a Dios y no las cumplimos! Sólo palabras.

Cuántas cosas que no queríamos hacer porque nos repugnaban y las hicimos calladamente: obras.

¹ *Ejercicios Espirituales*, [230 ss].

Las obras valen más cuanto más me dono a mí mismo y por eso nos dice Jesús: «Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Jn 15, 13).

Jesús quiere que obremos y en lo posible lo hagamos sin que nadie se entere porque tendremos la recompensa del Padre que ve las cosas secretas (cf. Mt 6, 1 ss.).

Y las buenas obras callarlas para que no las ensuciemos con otros afectos que las ensucian: la vanagloria y la soberbia.

Es cierto que a veces contar nuestras buenas acciones puede ser edificante pero si no estamos seguros de que van a edificar es mejor que las callemos.

La verdadera religión es pudorosa, no quiere mostrarse, y esto lo vemos en la vida de los santos. Ellos huían de los aplausos por el temor de ensoberbecerse.

«Callar y obrar». Vemos en el mundo actual infinidad de palabras bonitas pero escasez de obras y en especial entre los dirigentes: religiosos y políticos. Se habla mucho y se obra poco.

Este espíritu puede llegar a la religión. Kirkegaard que era un gran poeta y un gran escritor temía convertirse en un poeta de lo religioso. Él quería ser un caballero de la fe, es decir, un santo y no sólo uno que cantara la religión. Un hombre que viva de la fe y una fe manifestada en obras como enseña el apóstol Santiago (2, 18).

«Callar y obrar». La Palabra, Jesús, se manifestó en sus obras y por sus obras nos hizo conocer al Padre: «Creedme:

yo estoy en el Padre y el Padre está en mí. Al menos, creedlo por las obras» (Jn 14, 11).

Jesús hablaba con autoridad porque lo que predicaba lo vivía. No así los fariseos que eran puras palabras y obras exteriores sin una pizca de piedad, de religión interior.

También los santos conmovían, transformaban con sus palabras, porque ellas eran respaldadas por una vida entregada a Dios y a los demás.

«Callar y obrar». Cuando Cristo era criticado no se ponía a defenderse frente a sus contradictores sino que callaba y obraba lo que sabía que era la voluntad de Dios. También los santos lo han imitado en esto.

«Callar y obrar» lo que tenemos que obrar, lo que Dios quiere, a pesar de las contradicciones, porque podemos perder el tiempo refutando palabras vanas y hasta podemos dejar de hacer una obra por las contradicciones que surgen.

En la oración también «callar y obrar». Primero en la vida ascética, un obrar con las propias potencias naturales y callar las distracciones. Luego, en la vida mística, callar y dejar que obre Dios silenciando nuestro modo humano de rezar, para que sea la fe el único medio de unión.

* * *

El silencio nos lleva al recogimiento y en el recogimiento se engendra el silencio.

La virtud del silencio no está en no hablar sino en saber callar a su tiempo y en saber hablar a su tiempo (Qo 3, 7).

«Si alguno no cae hablando, es un hombre perfecto» (Sant 3, 2).

«Si alguno se cree religioso, pero no pone freno a su lengua, sino que engaña a su propio corazón, su religión es vana» (Sant 1, 26).

Para aprender la ciencia de hablar es necesario saber callar y ejercitarse en el silencio, porque estamos acostumbrados a hablar lo que queremos y sin las circunstancias que debieran acompañar a nuestras conversaciones. El silencio nos da tiempo y lugar de aprender el buen modo de hablar.

El silencio nos enseña a hablar con Dios en la oración y engendra en el alma santos y elevados pensamientos. Yo llevaré el alma a la soledad y le hablaré al corazón (cf. Os 2, 16). Y esta soledad es la espiritual, dice san Bernardo, pues poco aprovecha la del cuerpo si no se tiene la del corazón.

«El que guarda su boca y su lengua, guarda su alma de la angustia» (Prov 21, 23).

«El desmedido en palabras se hace abominable» (Sir 20, 8).

Más se debe advertir aquí que el silencio y el recogimiento de que hablamos no producen tristeza ni melancolía, sino, antes gusto y consuelo. Y tal vida es más dulce y alegre que la de los mundanos, cuanto es más agradable tratar con Dios que con los hombres y los que guardan silencio, aunque andan como tristes, siempre rebosa en ellos el contento, pues la verdadera alegría está en el corazón, en tener buena

conciencia, en despreciar las vanidades del mundo y disfrutar la paz del Señor.

He aquí las reglas que deben acompañar nuestro lenguaje.

– *Primera*, nunca debemos hablar contra la verdad o la caridad del prójimo y para evitarlo tengamos presentes las palabras de Santiago: «Que cada uno sea diligente para escuchar y tardo para hablar» (Sant 1, 19). La palabra ha de ir primero al corazón que a la lengua para reflexionar si lo que queremos decir es conforme a la razón, a la justicia y a la caridad.

Los necios tienen su corazón en la lengua, porque hablan todo lo que se les viene a la boca, pero, los sabios tienen la lengua en el corazón porque hablan con reflexión y madurez. «Debemos, por lo mismo, tener tanta dificultad en abrir la boca para hablar» –dice san Vicente– «como en abrir la bolsa para pagar».

– *Segunda*, al hablar es indispensable atender al fin para que hablamos, el cual fin debe ser la gloria de Dios, la utilidad de nuestras almas y el bien de nuestros prójimos.

– *Tercera*, es necesario también considerar quién es el que habla, a quién y delante de quién habla, para ver el respeto, las atenciones y cautelas que debemos emplear.

– *Cuarta*, debemos pensar sobre el tiempo en que se ha de hablar. Porque el hombre sabio y prudente «guarda silencio hasta su hora, más el fanfarrón e insensato adelanta el momento» (Sir 20, 7).

La palabra dicha a su debido tiempo es como manzana de oro en canastillo de plata. Más de la boca del ne-

cio no es bien recibida ni aun la palabra sentenciosa, porque no la dice a su tiempo. Por esto no hay que interrumpir a nadie cuando habla porque no es tiempo de hablar cuando otro está hablando ni tenemos que responder antes de oír lo que se nos dice.

– *Quinta*, el modo y tono de la voz es también una circunstancia a que debemos atender cuando hablamos. Que no sea afectada, sino grave, pero que no decline a la aspereza. Y aunque siempre es necesario guardar buen modo en el hablar, este modo principalmente tenemos que observarlo cuando hay que amonestar porque el aviso y la amonestación deben hacerse sin ira ni aspereza.

– *Sexta*, evitemos en nuestras palabras la afectación con que deseamos parecer discretos, y hablemos siempre con sencillez.

Finalmente, no olvidemos esta sentencia de San Jerónimo: «La palabra que sale de la boca es como la piedra que sale de la mano: que no la podemos recoger ni evitar los males que tiene que causar. Y por esto es indispensable, antes de hablar, pensar muy bien lo que vamos a decir»².

* * *

² Extractado de S. ALONSO RODRÍGUEZ, *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, tr. VIII: «De la modestia y el silencio», cap. 2, Librería religiosa de Herrero hernanos, México 1894², 192-197.

El recogimiento se da especialmente en la soledad. En la soledad, el recogimiento y el silencio encontramos la manera de obrar según el querer de Dios. En este estado el alma está más preparada para escuchar la voz de Dios, para conocer su voluntad y para concretar, en la medida de lo posible, el querer de Dios.

Por otra parte, en este estado y, particularmente, en la soledad el alma se dispone para encontrar a Dios aunque antes tenga que pasar por diversas pruebas purificativas.

¿Dónde es más combatido el monje por el demonio? En la soledad.

Si leemos la historia de los padres del desierto verificamos esta verdad. Y ¿en qué situación se encontraban los padres? En la soledad absoluta. Se habían retirado de la presencia de los hombres pero también de todas las cosas. Y en esta situación queda el hombre y Dios. Y puede tomar el monje dos opciones: o Dios o él mismo. Muchos buscaban a Dios pero otros se buscaban a sí mismos y eran combatidos por el espíritu de impureza.

Nosotros tenemos muchas cosas (medios) para no estar solos, sin embargo, no tenemos que tener miedo a experimentar la soledad. En la soledad se buscan medios para llenar el corazón, que pueden ser las criaturas, incluidos nosotros mismos. Y a pesar de llenarnos a veces de criaturas experimentamos la soledad. Es nuestro corazón inquieto que busca llenar su soledad de Dios pero mientras tanto han desfilado por nuestro lado un montón de compañías.

La experiencia de la soledad lleva de la mano la experiencia de la indigencia y conduce a Dios, en especial, al monje.

La experiencia de la soledad se relaciona con la experiencia del vacío absoluto de criaturas.

Para combatir la soledad la gente del mundo aconsejaría el trabajo y está bien. También algunos santos padres lo aconsejan pero cuando se experimenta una gran soledad no hay ganas de hacer algo y no hay consuelos humanos que llenen el vacío absolutamente. La experiencia de la soledad paraliza.

Sólo Dios puede llenar la soledad del monje, su vacío interior. Es fácil decirlo pero es difícil vivirlo. Cuando se experimenta la soledad echamos mano a muchos medios antes de enfrentarnos con Dios sólo. Pues, ahí está la clave: decidrnos a enfrentarnos con Dios sólo, sin paliativos.

Puede ser que nos decidamos por nuestra cuenta pero es muchas veces el mismo Dios que nos pone en esa situación y es una gracia.

Animémonos a quedarnos en la soledad para encontrar a Dios. Él nos llenará completamente pero es necesario experimentarlo.

* * *

San Benito preceptuaba para los monjes el silencio, más bien la taciturnidad, es decir, la moderación en el hablar.

Esta taciturnidad y el silencio en general es muy saludable para el que quiere vivir en la presencia de Dios. Es necesario para la unión con Dios.

Sin embargo, el mismo silencio y la taciturnidad pueden provenir de otras causas que son nocivas al hombre y en consecuencia su silencio es malsano.

Hay enfermedades psicológicas que producen *variedad de mutismos*³. Los resentidos son un ejemplo de mutismo malsano. Son taciturnos y mistificadores⁴.

A veces el silencio, la taciturnidad, es efecto de la ira y esto de dos maneras: cuando una persona teniendo ira no puede articular palabra porque se le traba la lengua, en este caso la pasión perturba la razón y redundante en el exterior. De otro modo, cuando el iracundo por un juicio de mucha fuerza, aunque no logre apartar el apetito desordenado de venganza, refrena la lengua de palabras inconvenientes. Dice San Gregorio: «algunas veces la ira, perturbado el ánimo, impone silencio como mediante un juicio»⁵.

«Si alguien calla con el fin de provocar con su silencio la ira del que le afrenta, incurre en una venganza; pero si una persona calla queriendo *dejar que pase la ira* realiza un acto laudable y así consigna la Sagrada Escritura: “No dis-

³ Cf. GRANDMAISON, L., *Jesucristo*, Edibesa, Madrid 2002, 478.

Por ejemplo el mutismo histórico, «producto de un fuerte impacto emocional, generalmente producido por afonía, el paciente realiza la mímica de hablar sin emitir sonido» (Cf. MARIETAN, H., *Voluntad y actividad*, texto en el sitio: <http://www.marietan.com/semiologia/capitulo15.htm>).

⁴ Cf. CASTELLANI, L., *Psicología humana*, 168.

⁵ Cf. S. *Th.*, I-II, 48, 4 c.

putes con hombre charlatán, no echés más leña a su fuego” (Sir 8, 3)»⁶.

El *demonio mudo*, del que habla el Evangelio que se enfrentó con Jesús en reiteradas ocasiones impone silencio a los hombres. Busca hacer callar las obras santas, impedir que se hable de Dios y de su enviado Jesucristo, quiere hacer mudos, extender el *mutismo* entre los creyentes; que guarden silencio.

Hay silencios que son pusilanimidad⁷, hay mutismos que son cobardía. El silencio de los que callan por indecisión, por comodidad, *perros mudos* los llaman los profetas. Es mutismo culpable no hablar ni actuar cuando es preciso hacerlo. Es un modo eficaz de colaborar con el mal. Jesucristo nunca calló cuando debía hablar; sus discípulos no podemos ser mudos.

La pusilanimidad es mala, induce al titubeo, a la duda, rebaja las ilusiones, frena las decisiones y el entusiasmo. El pusilánime no se atreve. Son buenos aliados de la pusilanimidad, el respeto humano, el miedo a hacer el ridículo. En la vida de los creyentes tiene mucha importancia lo que se refiere a la palabra y a los silencios.

Hay mutismos que son complicidad. Es el silencio del dejar pasar, de la pasividad, de la connivencia. El silencio

⁶ Cf. *S. Th.*, II-II, 72, 3 ad 3.

⁷ En adelante y hasta el final de este punto resumo un artículo de MONS. BORAU, «Santa María, Auxilio de los cristianos»; en *Folleto con motivo de los cien años de la entronización de María Auxiliadora en la Parroquia «San Juan Degollado» de la Villa de Arafo, Tenerife*, Cometa, Zaragoza 2005, 8-10.

cómplice estimula al atrevido, incluso le da fuerza y crea ambiente.

Podemos ser cómplices del mal por nuestra aportación y apoyo; pero, también y mucho, con nuestro silencio y aprobación implícita, pues *quien calla* cuando debe hablar o actuar, *otorga*.

Hay silencios por coacción. «Le heriremos en la boca, para que se calle», dijeron de Jeremías. Reducir al silencio; no dejar hablar, no dejar que se oigan, es una coartada del mal frente a los que propagan la verdad cristiana. Lograr que las voces de la Iglesia y la doctrina de la jerarquía sagrada no lleguen al pueblo, o lleguen mal, sesgadas, mutilada: éste es el empeño del *demonio mudo*.

Silenciar a la Iglesia con un silencio bien estudiado, sistemático, prolongado, es un arma eficaz contra la propagación de la verdad cristiana. Un modo de perseguir a la Iglesia es no dejar que hable, no hablar de ella, que caiga en el olvido, que caiga en el vacío lo que dice.

Hay silencios que son consigna, que forman parte de la táctica del *maligno*: silenciar lo positivo y sacar a luz todo lo negativo de la Iglesia católica. No predicar la verdad cristiana íntegra. Poner especial énfasis en determinados aspectos, silenciando sistemáticamente otros. Hacer discriminación entre verdades y verdades, entre documentos y documentos.

En muchos medios, hay un bien estudiado ocultamiento de la verdad cristiana, del pensamiento de la Iglesia. Se ocultan verdades *molestas* a la *sensibilidad moderna*. Se dan por supuestos asuntos y verdades de las que nunca se habla. En momentos de cobardía y falta de entusiasmo, cuando

dan miedo las afirmaciones y definiciones, pidamos al Señor que se haga presente victorioso del *demonio mudo*.

* * *

Para el monje el lugar más apropiado para alcanzar el silencio, el recogimiento y la soledad es la celda.

La importancia de la celda está especificada en nuestro *Directorio*⁸ y en «Cosas a tener en cuenta»⁹.

Es importantísimo para un monje permanecer en la celda. Cuanto más tiempo mejor. Incluso si el trabajo manual se pudiese hacer en ella sería muy bueno.

Es importante controlarse a sí mismo y controlar el abad los momentos de celda de cada uno de los monjes y los permisos para salir de la celda en los tiempos indicados para permanecer en ella.

Viviendo regularmente el tiempo de celda nos vamos haciendo el hábito de vivir en ella y comenzaremos a gustar la hermosura de la celda, por supuesto, como medio para la actitud orante y para la unión con Dios, fin de la vida monástica.

¿Qué hacer en la celda? Algunas actividades: la *Lectio*, el estudio, la oración, el trabajo en orden a la predicación o a la enseñanza, el trabajo manual de ser posible, etc.

⁸ Cf. *Directorio de vida contemplativa*, 117-120.

⁹ Cf. nn. 1 y 3.

En un primer momento hay que lograr el hábito de la celda, luego, las actividades ir las espiritualizando cada vez más para que todo en ella sea oración, unión con Dios.

Es importante respetar las horas de celda, de lo contrario, no conseguiremos el hábito de la celda y, en consecuencia, sus frutos.

En el n. 3 de «Cosas a tener en cuenta» puntualiza el padre Buela: «trabajo arduo en la celda» para lograr la actitud orante y la santidad. Por eso la celda tiene que tener prioridad sobre otras actividades, por ejemplo, el trabajo, la atención de huéspedes cuando uno no sea el encargado de hospedería o no lo pida el abad.

La celda implica «soledad».

Los monjes antiguos decían que la celda es escuela de virtud.

La celda nos ayuda a tener presente el objeto de nuestro amor. Nos aísla y es, por tanto, herramienta importantísima para buscar a Dios y para desprendernos de las criaturas. Ayuda a no disiparse y a no interesarse por las cosas y los defectos ajenos que llevan, muchas veces, a la murmuración¹⁰.

El silencio de la celda, la rutina de la celda nos ordenan y con el orden viene la tranquilidad. De ellos surgen la paz y la mansedumbre. La mansedumbre resulta de la paciencia y de la virtud de la fortaleza. Todas virtudes que adquirimos y ejercitamos en la celda.

¹⁰ Cf. SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cautelas*, «Tercera cautela contra el mundo».

Gran parte de nuestra vida monástica debería transcurrir en la celda. Se evitarían así distracciones, conversaciones inútiles, disipación de los sentidos y se crecería en la unión con Dios que es el fin principal de la vida del monje.

Casiano enseña en las *Colaciones* que el demonio suele percibir el estado interior de nuestra alma por las alteraciones sensibles y aprovecha para tentar. De la misma manera como nosotros, a veces, podemos intuir el estado de un alma por su apariencia exterior, sólo que nosotros con mucha menos precisión¹¹. Por tanto, es importante alcanzar la mansedumbre para no dar lugar al enemigo y esta se logra especialmente permaneciendo en la soledad de la celda.

* * *

Decía Rafael Arnáiz¹²:

«Mi cielo en la tierra lo he hecho en la celda.

Yo no vivo solo; mi celda está llena de gente; hay risas, hay cantos, hay barullo de ángeles que enredan entre los papeles.

¡Yo no vivo solo; en mi celda de enfermo vive Cristo, está María!

En mi celda hay de todo; hay silencio, hay paz, hay alegría; hay un fraile que sueña en el Cielo..., en un cielo sin penas ni llantos, en un Cielo, no como el que tiene,

¹¹ Cf. *Colaciones*, VII, cc. 15-19.

¹² *Vida y escritos de fray María Rafael Arnáiz Barón, monje trapense*, El Perpetuo Socorro, Madrid 1960, 349.

que es Cielo de tierra... Cielo entre paredes.

Mi cielo es mi celda.

En ella hay silencio, hay paz y alegría.

¡Vivo con los santos!

¡Me acompaña Cristo!

¡Sueño con María!».

Índice

1. Testigos de lo trascendente	5
2. ¿Cómo nos extasiamos?	17
3. Callar y obrar	27
Índice	43

Se terminó de realizar esta segunda edición en el
MONASTERIO «CHARLES DE FOUCAULD»,
en La Marsa, TÚNEZ,
el día 22 de octubre de 2020,
memoria de SAN JUAN PABLO II,
padre y patrono de nuestra Familia religiosa.

- *DEO GRATIAS* -

«Maestro en la fe y en la vida teologal, Juan de la Cruz nos ha inculcado la necesidad de ser purificados por el Espíritu del Señor, para desarrollar una acción apostólica incisiva y eficaz. Pues existe una estrecha conexión entre la contemplación y el empeño por la transformación del mundo... La humilde y austera figura de este carmelita irradia con sus escritos, que se revelan ahora mismo de grande actualidad, una grande luz para penetrar en el misterio de Dios y en el misterio del hombre. Él, que tuvo un sentido particular de la trascendencia divina, oriente nuestra miradas en la hora de la nueva evangelización».

(San Juan Pablo II)

